

Capitalismo, democracia y valores

José María Infante *

Un secuestro ocurrido en Monterrey en el año 2006 puso una vez más en el centro de las discusiones el tema de los valores: dos estudiantes de una universidad privada de orientación confesional secuestraron a un compañero con el fin de obtener dinero. En las primeras declaraciones, dijeron que lo habían hecho para poder pagar las colegiaturas de la universidad. No entraré aquí en los detalles del caso, el que fue ampliamente difundido por la prensa local (Ramos 2006; Rivera 2006) sino sólo quisiera señalar que inmediatamente resurgió la muletilla (forma de representación social ingenua casi transformada en mito) apuntando a una “crisis de valores” como explicación macro del suceso. Debo señalar desde el principio mi firme convicción de que las explicaciones macro para el comportamiento de agentes individuales (ejemplos: hay más robos porque ha aumentado la pobreza, la oferta y la demanda nos dicen por qué la gente compra, etc.) no explican nada en ciencias sociales.

Quiero partir de una tesis fundamental: no se trata de una decadencia o de pérdida de valores sino de un *enfrentamiento de valo-*

* Maestro en Metodología de la Ciencia por la UANL; doctor en Psicología Social por la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina; miembro del Comité de Maestría de la Dirección General de Posgrado de la UANL; coordinador del Doctorado en Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL.

res. Hablar de pérdida de valores es un contrasentido, ya que implica por sí mismo un valor y además dejaría un vacío ontológico difícil de explicar. Desde una de las perspectivas psicosociales, un valor es el resultado de una reordenación subjetiva que construye un individuo a partir de la estructura simbólica propuesta por una cultura; naturalmente, cada agente puede hacer una reordenación con arreglo a sus propios procesos de simbolización, que son únicos para cada individuo y responden a su inserción diacrónica y sincrónica. La preeminencia de lo diacrónico ha llevado a algunos autores a pensar que los valores son estructuras estables del sistema de personalidad, lo cual no es más que la proyección del deseo imaginario de estabilidad que añoramos para nuestros propios actos. Culturalmente, los valores son el resultado de la necesidad de crear un mundo con sentido, donde ordenamos aquello que colectivamente consideramos digno de nuestro esfuerzo en pro de la felicidad colectiva (Benhabib 2005). Volveremos a esto más adelante.

¿Qué valores son los que están desapareciendo y cuáles son los candidatos a reemplazarlos? Valores y antivalores han estado en permanente conflicto en la construcción de la sociedad occidental y la posibilidad de impulsar unos u otros no está en la voluntad de agentes individuales. Las instituciones, especialmente las más rígidas, han tratado de mantener aquellos valores por los cuales se originaron, pero la historia nos demuestra ese fracaso: si tomamos, simplemente, a las grandes religiones occidentales, constatamos fácilmente estos cambios; el discurso de los papas, por ejemplo, aun cuando siempre plantea la recuperación y vuelta a los valores perdidos, muestra los cambios que éstos tienen a través del tiempo.

Los cambios valorativos en nuestras sociedades se dan en el contexto de dos grandes modelos o marcos de acción generales, ninguno de los dos homogéneo y ambos superpuestos diacrónica y sincrónicamente y que han insuflado la vida social e institucional desde hace pocos siglos: el capitalismo y la democracia. Estos dos grandes marcos comparten la valorización del individuo como ele-

mento básico de la vida social (opuesto a las versiones que privilegian el grupo, familia, la etnia, la raza o la clase e inclusive hasta la nación) y la secuela de individualismo como filosofía y como práctica que informa el derecho y demás instituciones de la vida social, las posibilidades imaginarias de una participación activa de los individuos en la posible determinación de sus destinos, la circulación pública de información para favorecer la toma de decisiones y demás.

Difieren de manera radical en el tratamiento de la igualdad y, consecuentemente, en el manejo de las situaciones de privilegio, generalizando ideológicamente para situaciones que la práctica social hace diferentes.

El espíritu del capitalismo

En su famosa obra, Max Weber (1979) acentuaba que el capitalismo se debía sobre todo a un “espíritu” más que a un fenómeno material; sin embargo, ponía ese espíritu en cualidades psicológicas particulares, derivadas de un afán de lucro y acumulación (ahorro) y de una coexistente intolerancia al derroche y al consumo “innecesario” (la declaración de innecesariedad de un cierto artículo u objeto es un problema de valores culturales). Había, por tanto, un cierto estilo de vida monacal puesto en la laicidad, aunque en el fondo ambas fuesen de inspiración religiosa. De todos modos, la acumulación del excedente y su distribución eran y siguen siendo los elementos básicos de la dinámica económica. Marx también hizo de esto el núcleo de su crítica al capitalismo: al recibir los trabajadores un valor inferior a aquello que producían, los propietarios retenían para sí esa diferencia, la plusvalía, explotando así a los trabajadores y ahorrando ese esfuerzo en su propio beneficio.

Aun cuando desde el punto de vista estrictamente económico esa pueda ser una explicación aceptable, eso no define la complejidad del funcionamiento del capitalismo actual ni sus logros en los

niveles metaeconómicos. Debe interesarnos aquí el capitalismo como fenómeno social en cuanto movilizador de comportamientos, por lo que trataré de dejar a un lado los aspectos estrictamente económicos de su funcionamiento (aun sabiendo que ello es, sin duda, imposible). Hace ya tiempo, Erich Fromm (1984) señaló que el desarrollo de la sociedad capitalista, a partir del periodo de la Reforma (religiosa) marcó a los individuos de dos modos: los hizo más críticos e independientes pero al mismo tiempo, más aislados y temerosos; el capitalismo liberó a los seres humanos de atavismos y contribuyó al desarrollo de una libertad positiva, aunque en la actualidad trate desesperadamente de limitarla y domarla.

Adam Smith, en su obra clásica (orig. 1776) *La riqueza de las naciones*, pensaba que los seres humanos sólo se mueven en función de su propio interés egoísta. Para John K. Galbraith (1982) ése fue uno de sus principales errores, ya que la experiencia demuestra la capacidad de los seres humanos para actuar cooperativamente. En general, las llamadas teorías darwinistas han enfatizado en el egoísmo y la competencia como movilizadores mientras que las posturas opuestas se han caracterizado a sí mismas como “humanistas” aun cuando la idea de humanismo pueda tener una gran variedad de interpretaciones. Lo cierto es que ambas tendencias coexisten en los individuos y en los grupos sociales en un proceso de lucha permanente, modelado según las condiciones sociohistóricas generales. Esto depende de los procesos de identificación y de identidad que se forman en los individuos con relación a sus sentimientos de pertenencia; la idea de nación, por ejemplo, ha surgido hace poco tiempo en la historia humana (poco más doscientos años), pero ha estado insuflando casi todos los conflictos bélicos del siglo XX y lo que llevamos de éste. Hay individuos dispuestos a sacrificar todo por lo que entienden es “su” grupo, mientras otros no están dispuestos a postergar nada que no sea lo que favorece sus intereses personales. En Japón, por ejemplo, la acumulación capitalista se aceleró cuando los jefes de familia dejaron de apoyar a su grupo extenso y se limitaron a su familia nuclear.

Hacia 1950, se inventó un juego conocido como el dilema del prisionero. Básicamente, se trata de presentar a dos jugadores dos tipos de estrategias posibles, desconocidas mutuamente, que consisten en decidir cooperar o no hacerlo; la no cooperación siempre proporciona los mejores beneficios individuales, aunque si ambos cooperan, esa será la mejor solución para la obtención de beneficios mutuos. El problema es que la solución no cooperativa de uno para obtener el máximo beneficio implica imaginar que el contrincante actuará cooperativamente (Axelrod, 1986). El dilema del prisionero, de todas maneras, plantea una situación de laboratorio, relativamente simple, que no coincide con las condiciones habituales de toma de decisiones de la mayoría de los seres humanos, que vivimos en entornos complejos (Axelrod, 2003). Pareciera que cuando los jugadores vuelven a encontrarse, son capaces de desarrollar complejas estrategias de cooperación, dejando a un lado intereses egoístas. Debe tenerse en cuenta, además, que las situaciones sociales no suelen proporcionar a los individuos la posibilidad de comprender de manera conciente las condiciones totales que están presentes al evaluar una posible decisión.

El altruismo, opuesto al egoísmo, opera de manera diferente en cuanto a la investidura libidinosa de objeto y porque no hay en él aspiraciones a la satisfacción sexual (Freid, 1976). Egoísmo y narcisismo tampoco coinciden en cuanto al juego entre investidura y satisfacción libidinosa, donde el egoísmo suele ser una constante mientras que el narcisismo es variable. El término altruismo fue introducido en las ciencias sociales por Auguste Comte, para incluir en su sistema ético la clasificación de los actos morales y marcar con el altruismo a los únicos éticamente correctos, los que promueven la felicidad de otros; la perspectiva comteana tenía una fundamentación religiosa, la de su "religión de la humanidad". Dadas las características con que aparece la dualidad altruismo/egoísmo, muchos etólogos y sociobiólogos han tratado de encontrar bases neurológicas o en los procesos evolutivos para entenderlos o justificarlos.

Autores como Kohlberg (Kohlberg *et al.* 1998) colocan el altruismo como una característica del nivel III del desarrollo moral (situado en la preadolescencia), donde se abandonan el narcisismo y la perspectiva individualista de las etapas anteriores para sumir dos condiciones básicas: la necesidad de ser percibido como “buena” persona por el grupo y comenzar a preocuparse por los otros. Es claro que el altruismo implica dos elementos: un desarrollo particular de la estructura de la personalidad y un sistema de intercambio propuesto por la evolución de la cultura.

De todas maneras, ambas tendencias presuponen la posibilidad de que los agentes, los seres humanos que participan en el proceso, sean capaces de hacerlo de manera libre; cuando se ha pretendido que los seres humanos actúen de manera cooperativa o egoísta utilizando medios coactivos, los efectos suelen estar lejos de lo esperado; se entiende, de todos modos, que pueden crearse condiciones ambientales para favorecer una u otra de las conductas, en especial las de egoísmo, por la ya anunciada condición de identificación.

Gran parte del éxito de los Estados Unidos se debe a la decidida intervención del estado en los asuntos económicos (Stiglitz, 2006). Aún en la actualidad, la participación del estado estadounidense en el crédito es fundamental, ya sea con programas para hipotecas, exportaciones e importaciones, créditos educativos y demás. Pero, y esto no dice Stiglitz, financiando la industria de la guerra, ese estado opera directamente movilizándolo miles de millones de dólares que favorecen el crecimiento de la economía.

Las políticas puestas en práctica por los diferentes países del ámbito del capitalismo no son, de todas maneras, coherentes. Hay varios modelos de capitalismo puestos en práctica en la actualidad. Los Estados Unidos han asumido una postura cínica rayana en la oligofrenia al duplicar los subsidios a su agricultura amenazada por la globalización al mismo tiempo que predicando el libre comercio como obligación de todos los países. En la actualidad, el estado otorga los productores rurales de los Estados Unidos subvencio-

nes que superan los 19 mil millones de dólares anuales (García, 2007). Sus ciudadanos o se han hecho sordos o han compartido esa postura, alienados por sus propios medios de comunicación que no favorecen un debate abierto e informado sobre el punto.

El fenómeno del capitalismo es un proceso dinámico de producción de bienes, la mayoría de los cuales circula en el mercado, pero también de creación de necesidades y valores que no se intercambian sólo en el circuito “económico” sino también el subsistema cultural y el social. Uno de los valores que desde sus inicios defendieron tanto el capitalismo como la democracia es de libertad; en el primer caso, para comprar y vender y en el segundo, para exponer sus ideas sobre la vida y organización política y tratar de impulsarlas o ejecutarlas en compañía de otros. Ello contiene un segundo aspecto en el que difieren: la teoría económica liberal creó (se inventó) un ser humano individual racional, lo cual es una ficción fantástica, capaz de tomar decisiones en independencia frente a los demás siguiendo su propio interés mientras que la teoría política, sin rechazar la idea de ese individuo aislado, apeló a un ser social que asumía el bien común al tomar sus decisiones.

La libertad estaba asociada al libre comercio y al levantamiento de las barreras proteccionistas y ese imaginario no se ha visto correspondido con la realidad. Para algunos economistas (Sen, 1999), el fomento de los varios tipos de libertad es un complemento de la importancia intrínseca de la libertad del ser humano, objetivo fundamental del desarrollo económico. La libertad es fundamental para el desarrollo económico en función de dos razones: la evaluación que debe hacerse del progreso en función del aumento de las libertades individuales y la eficacia, ya que el desarrollo está sujeto a la libre agencia de los individuos. Son *componentes constitutivos* del desarrollo ciertas libertades fundamentales, como la de participación política o la de la oportunidad de recibir una educación y salud básicas.

Por otra parte, se reconoce en el capitalismo, de manera amplia, la capacidad del mecanismo de mercado para generar crecimiento

económico y ello sólo es posible en un marco de libertad que permita la realización de intercambios y transacciones sin imposiciones o límites que vayan más allá del libre juego de los factores económicos. Esta idea, sin embargo, excluye un fenómeno básico: no hay factores económicos independientes de su ubicación valorativa en el contexto cultural. El automóvil, por poner un ejemplo, no es sólo un instrumento para facilitar los desplazamientos y la comunicación (si es que atribuimos a esto su valor básico), sino que también es un instrumento de status, un elemento que puede ser juzgado en función ecológica, un elemento que exagera la fantasía de libertad, un factor para el desarrollo de la buena o mala sexualidad de los adolescentes, un elemento de un costo económico y otras cosas. El elemento estrictamente económico desde el punto de vista individual es, desde cierta perspectiva, irracional: es una inversión económica deficitaria, cualquiera sea el modo económico de analizarla. Pero para una unidad económica como el estado-nación, por ejemplo, el automóvil es una fuente de crecimiento del PIB que ha venido tomando una creciente importancia en todo el mundo.

Algunos países han sostenido la “tesis de Lee” (los sistemas políticos con restricción de libertades básicas y negación de derechos humanos fomentan ventajosamente el desarrollo económico) pero las comparaciones internacionales generales no ofrecen respaldo empírico sustantivo a tal tesis (Sen, 1999). Seymour Martin Lipset (1995) sostiene que las democracias que han logrado un mayor desarrollo económico son las que han tenido mayores presiones hacia la vigencia de la democracia. Diamond, Hartling y Linz (1999) sostienen que en América Latina hay una fuerte correlación entre el desempeño económico y la consolidación de esos países como regímenes democráticos. Un desempeño económico exitoso a lo largo del tiempo construye una reserva de legitimidad para cualquier gobierno, aunque pueda caerse en una crisis económica. Los vaivenes de la democracia en el último cuarto del siglo XX en América Latina muestran, sin embargo, la complejidad de las relaciones entre economía y política.

Una economía dinámica en esta fase del capitalismo que vivimos muestra un permanente movimiento de generación y desaparición de empleos: los puestos de trabajo menos productivos tienden a desaparecer o a ser trasladados a economías periféricas o menos desarrolladas, mientras que se atrae a personas que puedan ocupar los puestos de alta productividad; en esto se produce un fenómeno singular: los puestos poco productivos necesarios para las economías locales son cubiertos por migrantes de regiones menos desarrolladas, en un movimiento permanente de expulsión y atracción. Esto genera en diferentes sectores de la población distintos modos de ansiedad o expectativas, resueltos de manera inadecuada a partir de su conocimiento incompleto del fenómeno y del uso demagógico que algunos políticos hacen de él. Uno de los déficit de todos los estados nacionales de la actualidad es dejar la formación de los recursos humanos necesarios para el país en manos del azar y de las iniciativas individuales; el problema no es sencillo de resolver, dado que operan mecanismos de mediano plazo en su producción y a que las predicciones de necesidades han sido fallidas en la mayoría de los casos. El resultado de esto es la actual inseguridad laboral de los habitantes de países con economías de cierto nivel de desarrollo. El problema del empleo, como muchos otros, es visto por los agentes en función de sus concernientes: la expresión de “cada cual habla según le va en la feria” muestra hasta que punto las visiones del mundo están afectadas por las propias condiciones de alienación. Una de las consecuencias de esto es la despersonalización de las relaciones al interior de las empresas: habiéndose convertido los trabajadores en un objeto de paso, los lazos con la organización no tienen sentido; sentirse miembro de la empresa ya no tiene ningún valor. Las empresas pagan ésto en altos costos derivados de varias formas de rotación, pero es posible que salgan ganando con esta fórmula, pues de lo contrario habrían buscado formas de contrarrestarla.

La nueva manera de trabajar no comprende solamente los pro-

cesos de deslocalización y precarización, sino que también modifica la estructura interna de las empresas (Senté, 2006). Los empleados de contratos temporales renovables, aun cuando esa renovación pueda ser casi permanente a lo largo de los años, son reubicables desde una actividad a otra, adaptándose a las necesidades cambiantes de la empresa, lo que le permite expandirse o encogerse rápidamente; además, al asignar funciones o tareas a otras organizaciones, se reducen los niveles jerárquicos administrativos, facilitando la dinamización de todos los procesos.

Estos cambios estructurales producen tres fenómenos asociados, quizá como efectos perversos del sistema: la disminución de las lealtades institucionales en las empresas, el deterioro de la confianza informal entre los trabajadores y el agotamiento del conocimiento institucional. Las tres dan forma, de todas maneras, a un concepto que se ha venido mencionando como crucial en la vida social moderna, el de capital social, o sea las redes de comunicación, apoyo e intercambio que las personas construyen en su vida. La lealtad puede medirse por el tipo de sacrificios personales que una persona está dispuesta a realizar en pro de la institución; se supone que forma de “comprarla” es asignando altos salarios a los trabajadores, aunque estudios empíricos muestran lo contrario: suele ocurrir que los que perciben menores salarios están más dispuestos a realizar sacrificios que los de altos salarios. Un caso reciente sucedido en Dow Chemical muestra claramente que los altos ejecutivos pueden tener tan poca lealtad hacia la empresa que están dispuestos a unirse a inversionistas externos para comprarla (claro que puede verse como lo contrario: es tan alto su compromiso que quieren apoderarse de la empresa); lo concreto es que Pedro Reinhard y Romeo Kreinberg fueron despedidos por estar gestionando una compra apalancada liderando un grupo que tenía pensado realizar una oferta de adquisición de Dow, mientras mantenían sus puestos de altos ejecutivos (Ball, Bergman y Lublin, 2007). La confianza mutua que los trabajadores pueden dispensarse es algo que se logra

con tiempo, donde cada uno puede saber con quién puede contar; la precariedad del trabajo, al reducir los tiempos de contacto, disminuye esas posibilidades. El debilitamiento del conocimiento institucional se debe a que han cambiado los modos de operar de las viejas instituciones: en las grandes organizaciones del pasado, cada uno sabía qué debía hacer y qué podía esperar del cumplimiento adecuado de sus tareas; las modernas organizaciones, con su cambio constante de puestos, deja a sus empleados sumidos en un ambiente de incertidumbre que poco favorece la eficacia y la productividad.

Los modos en que el capitalismo se ha impuesto en el mundo actual, desplazando al “modo económico comunista” (Stalin, Castro, etc.), al “modo cooperativo” (la Yugoslavia titoísta) presenta de todos modos una enorme variación, desde los países de grandes niveles de igualdad del modelo escandinavo hasta el experimento de Pinochet, director gerente del capitalismo fascista impuesto (Samuelson, 2005).

La diversificación y transformación del capitalismo ha llevado a algunos economistas a hablar de seis formas de capital (Sachs, 2005): 1. Capital humano (seres humanos bien nutridos, sanos y capacitados); 2. Capital empresarial (máquinas, instalaciones y transportes para la producción y los trabajadores); 3. Infraestructura (carreteras, energía, aguas, aeropuertos y demás); 4. Capital natural (suelo y ecosistemas adecuados); 5. Capital institucional (instituciones consolidadas y respetadas: sistema legal y de gobierno apegado a derecho; políticas aplicadas en un marco de gobernabilidad adecuado); 6. Capital intelectual (saber científico y técnico que permita la elevación real de la productividad).

Esto vale, como puede apreciarse, para consideraciones globales que abarquen a las naciones como unidades de análisis, pero es posible también para los diferentes grupos de población dentro de un estado-nación en particular: mientras algunos puedan disponer de todas estas formas de capital, hay otros que apenas alcanzan

partes mínimas de sólo algunas de ellas. Uno de los errores no reconocidos por muchos economistas es haber empleado modelos que partían del supuesto (falso) de que los mercados funcionan de manera perfecta (Stiglitz 2002). Existen problemas derivados del funcionamiento de los mecanismos capitalistas que no pueden ser resueltos por el mercado: la desigualdad, la desocupación y la contaminación, por ejemplo. La creación del mismo Fondo Monetario Internacional fue un reconocimiento implícito a que los mercados no funcionan siempre como es de esperarse, aunque en la actualidad sostenga con fervor religioso el credo opuesto. Esta institución, protagonista dominante de la economía mundial en la actualidad, ha fracasado en todas las áreas en las que se ha aventurado: desarrollo económico, manejo de las crisis internas de los países y transición del “modo económico comunista” a una forma capitalista; todo lo cual no ha impedido que siga actuando autoritariamente en la economía mundial.

Una nueva condición se agrega a la dinámica del capitalismo: la llamada globalización. Aun cuando los fenómenos de préstamo y difusión cultural han existido desde los comienzos de la humanidad a través de desplazamientos e invasiones, es en la última década del siglo pasado cuando el término comienza a difundirse para aplicarse a las nuevas condiciones económicas y políticas derivadas de las consecuencias de la caída del “modo económico comunista” y la recomposición de la ex-URSS. La globalización no habría tenido lugar, de todos modos, de no ser por la evolución del progreso técnico. Como fenómeno, la globalización presenta los siguientes elementos: una integración más estrecha de países, regiones y pueblos del mundo entero; una progresiva supresión de las barreras y trabas al libre comercio, no siempre equitativas en función de las economías nacionales; una mayor integración de la economía a nivel mundial, con su secuela de localizaciones y deslocalizaciones; la expansión de un imaginario difundido por los medios masivos sobre la condición neoliberal de retracción de la acción gubernamen-

tal; la aplicación de una única “receta” económica, inventada por oscuros funcionarios del FMI, a todas las crisis económicas de todos los países, sin ninguna evaluación adecuada de sus estructuras; la multiplicación de los vínculos interpersonales a escala mundial a través del desarrollo de todo tipo de sistemas de comunicación y en especial de la red de internet; un fenómeno visto en general como positivo por intelectuales y gobernantes en los países más ricos y de manera negativa en los países pobres; la renovación de asociaciones intergubernamentales internacionales y la diseminación de numerosas organizaciones no gubernamentales aplicadas a la promoción de los más diversos intereses, no siempre legítimos o nobles; mejoras en los niveles de salud de la población mundial a pesar de los desequilibrios generados en muchos rubros; y así, seguramente, otras cosas más.

La globalización, de todas maneras, aún no ha resuelto el problema de la existencia de bienes públicos globales que deben proporcionarse a todos los habitantes de todos los países: la paz mundial, la salubridad ambiental, la protección del medio ambiente y el acceso democrático al conocimiento. Y esos bienes no se ofrecen en el mercado sino es a partir de acciones estatales específicas. Debemos acotar, además, que en la casi totalidad de las campañas electorales en diversos países occidentales en los últimos tiempos estos aspectos han sido dejados de lado o poco analizados, a favor de imágenes de escaso contenido conceptual.

Amartya Sen (1999) piensa que el desarrollo económico no sólo puede contribuir a elevar la renta privada sino también a permitir que el estado amplíe su cobertura de seguridad social u otros servicios sociales. Las economías del este asiático, en especial Japón, son una muestra de que la expansión de la educación en gran escala y paralelamente de la asistencia sanitaria son fundamentales para el desarrollo económico.

De todas maneras, parecería inherente a cualquiera de las formas del capitalismo la formación de desigualdades. En los Estados

Unidos, la desigualdad ha venido creciendo constantemente. La causa de esto pueden ser los fracasos en la inversión social y cambios en las regulaciones legales (en especial sobre la herencia), así como una modificación en las expectativas de los agentes económicos; no necesariamente este aumento de la desigualdad es el resultado del incremento en la producción de riqueza (Bradford DeLong, 2007). Un fenómeno correspondiente se ha producido en cuanto a los administradores y ejecutivos, que ganan hoy diez veces más que hace una generación pero no como resultado del aumento de su capacidad de trabajo o de gestión sino a la incapacidad de los accionistas para impedir que los ejecutivos acaparen una proporción cada vez mayor del valor añadido.

Sin embargo, las desigualdades no afectan de la misma manera a todos los países que tienen economías capitalistas: en Latinoamérica las desigualdades son mayores que en cualquier otra región del mundo y ni siquiera los gobiernos democráticos actuales con una cierta orientación a la “izquierda” han podido detener el proceso, ya no revertirlo de manera radical. En Chile, por ejemplo, los procesos de desigualdad fueron más acentuados en los años posteriores al pinochetismo que durante el totalitarismo militar. En Brasil, el actual gobierno ha conseguido disminuir los índices de pobreza absoluta pero ha avanzado poco en la igualdad general.

Debe decirse que los países llamados capitalistas no presentan una forma homogénea de llevar adelante sus políticas económicas; los países que figuran a la cabeza del desarrollo humano de PNUD se caracterizan por una aplicación a las políticas de igualdad diferenciadas; los países nórdicos (Dinamarca, Finlandia, Holanda, Islandia, Noruega y Suecia) han encontrado una inteligente combinación de asistencia social, niveles de renta elevados, sólido crecimiento económico y estabilidad macroeconómica (Sachs, 2006). Tampoco son homogéneos, pero comparten ciertas condiciones básicas: mientras los impuestos nacionales en los Estados Unidos oscilan en torno a un 20 por ciento del PIB, los nórdicos muestran

una proporción mayor al 30 por ciento. Esta recaudación fiscal permite mantener amplios programas de bienestar social y la consecuencia manifiesta es que mientras en los Estados Unidos la quinta parte de la población que representa a los hogares más pobres recibe un 5 por ciento de la renta total, en los países nórdicos reciben casi el 10 por ciento. Las recetas de éxito económico son intransferibles, pero deberíamos aprender algo sobre cómo incentivar la economía y distribuir los beneficios observando más atentamente el éxito de estos países. El debate sobre la igualdad está sesgado en función de los intereses creados y de la ideología (Sachs, 2007): no se trata de una simple casualidad que países con altos ingresos y bajos impuestos, de habla inglesa y herederos de las teorías del liberalismo económico aplicado en el siglo XIX en el Reino Unido, especialmente este país y los Estados Unidos, muestren grandes desigualdades, mientras que otros países, en especial las democracias nórdicas gobernadas por partidos socialdemócratas durante gran parte del siglo XX, como Dinamarca, Finlandia, Noruega y Suecia, que ostentan altas tasas impositivas pero simultáneamente altos niveles de ingreso, presenten un compromiso eficiente en la lucha contra la pobreza, sin descuidar el desarrollo de un sistema económico abierto, competitivo y de mercado. Para Sachs, Friedrich von Hayek estaba equivocado: el cobro de impuestos elevados no lleva a la servidumbre, sino a un estado fuerte que promueve la justicia y favorece la igualdad económica.

El manejo de las economías nórdicas y europeas en general, con su alta carga de gasto social, ha sido permanentemente criticado por los apóstoles del “libre mercado” que han apuntado a “corregir” los defectos de ese modelo económico. Edmund Phelps, Premio Nobel de Economía 2006, sostenía que hay cosas terribles en ese modelo, como sus restricciones a la actividad de los empresarios (Bolaños, 2007); claro que sus ejemplos de estas cosas terribles se limitan a denunciar la necesidad de 23 permisos para abrir un negocio en Italia o la obligación legal de otorgar voz a los trabaja-

dores en los consejos de empresa alemanes y lo peor, lo contrasta con los Estados Unidos, donde supuestamente no existen restricciones. Esto demuestra la mencionada carga ideológica de los debates.

En su evolución, al capitalismo actual muestra otras transformaciones importantes, que han hecho que su atractivo esquema original de orden y progreso presente hoy perturbadoras posibilidades de riesgo e incertidumbre. El capitalismo caracterizado por un modelo militar de organización, que se expandió aproximadamente entre 1860 y 1970 (Senté, 2006), ya no puede funcionar en la dinámica actual. Para Sennett, lo que ya no funciona es lo que expresa el término alemán *Bildung*, el proceso de formación personal por el cual en la juventud se determina lo que será su comportamiento vital para el resto de su vida. El empleo seguro de por vida, la formación definitiva en una única escuela de estudios superiores, la cobertura de los sistemas de seguridad social, no importa cuán largo fuese el período que debiera durar la protección, han desaparecido o tienden a desaparecer. El elemento central de esa organización basada en el modelo militar y que Max Weber supo expresar en un modelo teórico, es la del tiempo organizado. Las relaciones sociales que necesitan tiempo para plasmarse se pueden expresar solo en el seno de instituciones burocratizadas donde los agentes encuentran sentido a su práctica y aprender a mitigar su ambición y posponer las gratificaciones inmediatas. Pero al final del siglo XX parecen haberse presentado una serie de cambios que transformaron ese modo de operación de las instituciones capitalistas: la transferencia de cierto tipo de poder en el seno de las grandes compañías, que pasó de los gerentes a los accionistas, con no pocas resistencias por parte de aquellos; si no se obtienen altos dividendos y en el plazo más corto posible, los administradores no sirven y deben ser reemplazados; se desarrolla entonces de manera paralela otra fuente de poder que propicia una nueva cultura de intercambios en el seno de las empresas, donde las viejas lealtades y modos

de operar deben desaparecer. El valor de las acciones y no los dividendos son entonces los indicadores del éxito: mientras que en 1965 los fondos de pensiones estadounidenses mantenían las acciones en su poder en un promedio de 48 meses, para el año 2000 bajó a 3.8 meses.

Otro elemento que ha cambiado la operación del capitalismo es la automatización, entendida como la progresiva incorporación de procesos automáticos a todas las actividades productivas o necesarias para ellas. Computadoras, robots, procesos automáticos de control y similares están transformando la naturaleza del trabajo en todos los niveles y sectores y no falta mucho tiempo para que inclusive la vida doméstica se vea transformada. No solamente desaparecen grandes cantidades de puestos de trabajo, sino que además el ejercicio de las habilidades humanas como tales se restringe en casi todos los sectores y hasta las telefonistas soy reemplazadas por contestadoras automáticas que hablan como si fuesen humanos. Ya se habla, por otro lado, de instrumentos incorporados a los automóviles que harán innecesaria la participación de un conductor.

Por otro lado, los primeros teóricos fueron incapaces de ver un efecto perverso de la compulsión a la ganancia y la acumulación: la corrupción generalizada que aparece en numerosos países y que obliga a invertir enormes recursos del estado, ese estado que Adam Smith (1776) quería minúsculo, en controlarla y sancionarla. Debe decirse que la corrupción ha existido desde todos los tiempos (la tentación a Eva en el paraíso fue una forma de corrupción), pero los teóricos del capitalismo, fieles creyentes de la “bondad natural” del ser humano, se han negado a reconocerlo y han actuado como si todo se redujese a un problema de individuos “malos”. El punto es que la corrupción y sus derivados es uno de los factores que aumenta la desigualdad en el plano económico y constituye una fuente de ansiedad y miedo en los individuos, contribuyendo a un ambiente social poco placentero. El anterior presidente del Banco Mundial, Paul Wolfowitz, quien vivió predicando sobre la ética

en los negocios, fue descubierto en una maniobra de corrupción con relación a los incrementos salariales de su novia dentro de la misma organización, lo cual es un ejemplo de la omnipresencia del mal.

Ejemplos recientes de esto lo tenemos en la forma en que contrabandistas, traficantes y piratas están cambiando el mundo actual: los negocios de estos sectores, también beneficiados por la globalización, mueven miles de millones de dólares.

En agosto de 2003, la poco sospechosa de “izquierdismo” revista inglesa *The Economist*, celebró sus 160 años con un número especial dedicado a capitalismo y democracia. Su tesis principal fue que los más poderosos enemigos del capitalismo actual no son los globalifóbicos, los altermundistas o los comunistas (y éstos son cada vez menos) que andan por el mundo, sino los propios capitalistas (Estefanía, 2003). Ello porque los principales gestores del sistema se han soltado en embestida y abusan cada vez más de un poder que parece no tener límites: hay una serie de escándalos empresariales de corrupción, los fondos de jubilación privados de millones de ciudadanos han entrado en un agujero sin retorno, y en especial, parece haberse desarrollado entre los ciudadanos un sentimiento de impotencia al notar la incapacidad de las instituciones democráticas para castigar a los culpables o lograr la rectificación adecuada de las medidas que los perjudican.

Parece difícil acabar con las permanentes componendas en las bolsas y con las inmoralidades de las grandes empresas (como ejemplo, el caso Enron): falsificación de balances, alteración de cotizaciones, producción de documentos oficiales amañados, sobornos a funcionarios de países en desarrollo, etc. (Vidal-Beneyto, 2007). El problema está tan extendido que la Comisaría de Competencia de la Unión Europea ha impuesto sanciones a los carteles empresarios por 3,500 millones de euros durante el año 2006. Los carteles, asociaciones secretas de empresas de un mismo sector que se constituyen con la finalidad de restringir la oferta de ciertos bienes, aumen-

tando así los precios, perjudicando a los consumidores y deteriorando la capacidad competitiva de un país (Missé, 2007), han operado con bastante soltura y facilidad. Las empresas sancionadas en esta ocasión figuran entre los más grandes consorcios transnacionales (Shell, Basf, Siemens, Thyssen-Krupp, entre otras); un dato interesante es que en muchos casos han sido esas mismas empresas las que han denunciado a sus cómplices a cambio de inmunidad (lo cual muestra que muchos capitalistas carecen de ética por duplicado). Las tácticas utilizadas son más propias de las mafias u otras organizaciones delictivas que de empresas que se jactan de sus responsabilidades sociales o códigos éticos: reuniones secretas en restaurantes de Amsterdam, Bruselas, Londres, Milán, Praga o Viena.

Al parecer, la libre competencia y el libre mercado deben ser protegidos para que funcionen, pero no se limitan ello las prácticas manipulativas: un diputado socialdemócrata alemán, representante obrero en el Comité de Empresa de Volkswagen, fue sancionado por aceptar viajes de placer (con prostitutas y viagra incluidos) que llevaban como finalidad la aprobación de los planes empresariales de reestructuración (Comas, 2007). No fue el único procesado, por cierto, comprobando que no son casos aislados de individuos faltos de ética sino de estructuras aparentemente necesarias para el buen funcionamiento del capitalismo.

Los recursos a los que se hecha mano son variados: Exxon Mobil, primer grupo petrolero privado del mundo, desarrolló una campaña en los medios atacando al Protocolo de Kyoto; la campaña se desarrolló en más de 500 artículos periodísticos y menciones televisivas donde se invirtieron en promedio más de 10,000 dólares por unidad. La competencia económica transformada en guerra ideológica, sin Acuerdos de Ginebra que la normen.

Un segundo efecto perverso no previsto hasta ahora es la alteración de la ecología. Este fenómeno es complejo y no es consecuencia directa del capitalismo en sí, pero en parte es una derivación de la idea de maximizar ganancias sin reparar en costos, especialmente

cuando esos costos son costos sociales que no pueden ser cargados a los productores o beneficiarios directos (de los cuales, en consecuencia, todos nos hacemos cargo). ¿Qué pasaría si impusiéramos un impuesto especial a los fabricantes y usuarios de automóviles como cargo por contaminar el aire? Si se venden más automóviles, el PIB crece más y los gobiernos publican sus cifras orgullosamente; cuanto más crece el PIB más satisfechos se sienten los gobernantes de todo el mundo. Podríamos señalar una larga lista de productos que, al igual que los automóviles, están causando un progresivo y no retornable deterioro ambiental y la consiguiente apatía, negligencia o desentendimiento de sus causantes.

Un elemento que se ha agregado a la globalización es el culto a la imagen, que ha reforzado ciertas tendencias del capitalismo, por el cual los bienes intercambiados valen más por su valor imaginario que por su utilidad real (cosa ampliamente explicada por Marx, que los marxistas nunca supieron interpretar adecuadamente). Lo nuevo es que este proceso se ha trasladado a los mismos seres humanos, por el cual la construcción de marcas sociales y estigmas se constituye como una de las habilidades a manejar. Es algo que intuyó Goffman (1971), aunque no supo sacar todas las consecuencias de ello.

A pesar de todas las deficiencias e incongruencias y de sus propias contradicciones, una de las ideas (representaciones sociales) más admitida en el mundo entero es lo que podríamos llamar el triunfo del capitalismo (Garton Ash, 2007). Pero ese capitalismo no tiene asegurado su futuro; la historia de los últimos cien años demuestra que es incapaz de corregirse a sí mismo y que a la mano invisible del mercado se le debe agregar la mano visible de las regulaciones y correcciones de orden político, fiscal y legal.

El capitalismo ha ganado experiencia en una nueva forma de productos: los deseos. Se trata ya no de proporcionar a los consumidores lo que creen que necesitan, sino de hacerles desear lo que les ofrece y se les puede dar. Como un ejemplo de los tantos dispo-

nibles, la falsificación de vinos sofisticados: una cena organizada en Nueva York para catar vinos cuyos precios oscilan alrededor de decenas de miles de dólares (no por su valor intrínseco sino por tratarse de vinos con treinta o más años de antigüedad, lo que no agrega generalmente nada en sabor), donde se probaron 17 vinos, dejó en evidencia que al menos tres de ellos eran falsificaciones (Asimos, 2007). En Nueva York, en el año 2006, se vendieron vinos por 131 millones de dólares, cifra que se incrementa año con año. Hace diez años, nadie pensaba en vinos falsificados, pero la posibilidad de ganancias fabulosas han atraído a todo tipo de nuevos ricos donde es evidente que no saben de vinos ni tienen capacidad de una degustación refinada, pero sí están disponibles para consumir símbolos de status con valor intrínseco nulo.

Un simple problema lógico matemático es que no podría proporcionársele a la gente los bienes de consumo que hoy gastan las clases medias de los países más ricos del mundo; ello acabaría casi automáticamente los recursos no renovables y pondría en jaque a la producción de los renovables. Será necesario llevar a estos sectores a pensar que en un futuro tendrán menos y no cada vez más. Pero ello choca con la ideología imperante de que sólo se progresa personalmente si se tiene cada vez más. Nunca debe olvidarse que la decisión sobre las políticas económicas a adoptar debería ser una elección entre diversos valores y que son siempre decisiones políticas que no deberían dejarse a los tecnócratas (Stiglitz, 2003).

La idea misma de crecimiento o desarrollo económico que los economistas han adoptado históricamente ha sufrido cambios. Los conceptos establecidos por Alfred Marshall a comienzos del siglo XX, sobre el equilibrio de los mercados y las respuestas acomodaticias a los cambios en las curvas de la oferta y la demanda, son inútiles para explicar la evolución de la economía mundial a los niveles de desigualdad a los que ha llegado (Bradford DeLong, 2005). El crecimiento hoy está determinado por los cambios tecnológicos

y organizativos más que por las ofertas y las demandas y asignación de recursos escasos a usos alternativos. El problema del crecimiento se convierte en obsesión en los países que no figuran entre los primeros del escalafón mundial del desarrollo humano (UNDP, 2004). Los políticos y gobernantes de estos países suelen vivir obsesionados con la idea de alcanzar a los punteros y proponen, a veces sin mayores fundamentos técnicos, todo tipo de medidas y políticas para lograr ese objetivo. El desarrollo humano –y no el simple desarrollo es un complejo proceso de cambio social determinado por tres dinámicas particulares (Welzel, Inglehart y Klingeman, 2003): el desarrollo socioeconómico, que se manifiesta a través de una compleja red de cambios entre los que se presenta la innovación tecnológica, el crecimiento de la productividad, la mejora en la salud de la población y en la esperanza de vida al nacer, el incremento de los ingresos, el aumento sensible en los niveles de la educación, los niveles de mayor y mejor acceso a la información e intensificación de la complejidad social; el cambio de valores, por el cual se fortalecen las relaciones horizontales y se debilitan las verticales que refuerzan las diversas formas de autoritarismo y un tercer proceso de reforzamiento de las instituciones políticas destinadas a extender las formas democráticas.

De todas maneras, los economistas son incapaces de explicar cómo impulsar el desarrollo económico. El economista jefe del Banco Mundial, François Bourguignon, reconocía hace poco que se desconocen las causas del crecimiento económico y aun cuando se pueda tener una idea más o menos precisa sobre los obstáculos al crecimiento y las condiciones que impiden crecer a una economía, “estamos mucho menos seguros respecto a qué otros ingredientes se necesitan para generar y sostener el crecimiento” (Naím, 2006).

El espíritu de la democracia

La subsecretaria para la Diplomacia y Asuntos Públicos del gobierno de Bush, Karen Hughes, formuló, hace poco tiempo, una declaración un tanto insólita: México y Estados Unidos “somos democracias, porque creemos en la equidad y en el valor intrínseco de todos nuestros ciudadanos” y “debemos orgullosamente defender esos valores y promoverlos ante el resto del hemisferio” (Michel, 2007).

Deberíamos poder distinguir, en el lenguaje político, los múltiples sentidos en que podemos usar el término libertad; diferente, además, del sentido que tiene en la esfera económica de la actividad humana. Para Amartya Sen (1999), la democracia tiene tres valores principales: primero, está acompañada inevitablemente por libertades que forman parte de la libertad humana en general; si la libertad es necesaria para gozar de un buen nivel de vida, la democracia también. Segundo, la democracia suele posibilitar que la población marginada reciba más atención política, especialmente en el caso de que estos sectores concurren a las urnas; las democracias reales facilitan que, al menos, sean escuchados. Tercero, la democracia contribuye a la formación de valores y a la determinación de prioridades mediante la participación de los sectores de la población en debates abiertos. En síntesis, Sen piensa que la libertad política y la libertad económica se refuerzan mutuamente y no se contraponen, tal como muchos piensan.

La idea de democracia es una de las más manoseadas en la teoría y en la práctica social; además, su práctica misma está en continua transformación, no siempre en un sentido progresivo. Norberto Bobbio (1986) señalaba que podría considerarse como un conjunto de reglas que permiten el establecimiento sobre quién o quiénes están autorizados para tomar decisiones que implican y afectan al colectivo y bajo cuáles procedimientos.

Otras definiciones importantes de democracia insisten en privilegiar la idea de un sistema político en el que sus integrantes se

consideran a sí mismos como políticamente iguales entre sí y con capacidad para disponer de los recursos e instituciones necesarias para autogobernarse; esto significa que diseñarán un conjunto de reglas y principios que determinarán, en especial, cómo se adoptarán las decisiones fundamentales para el sistema (Dahl, 1992; 1999). Este autor insiste en que por democracia debemos hablar más bien de un sistema político que posee seis instituciones específicas: cargos públicos electos, elecciones libres periódicas, libertad de expresión, acceso de todos los ciudadanos a fuentes alternativas de información, autonomía de las asociaciones civiles y ciudadanía inclusiva, prácticamente irrestricta. A estas instituciones debemos agregar cinco criterios que nos darán la pauta de cuán democrático es el proceso: cada ciudadano es tomado en cuenta en igualdad de condiciones con relación a los demás en la toma de decisiones fundamentales, los ciudadanos participan en la toma de decisiones de manera igualitaria en cuanto a la información disponible, con igualdad de oportunidades para formarse un juicio propio, controlando los procesos que permiten todos los pasos anteriores y donde todos los adultos que conforman la sociedad están incluidos. Aunque Dahl (1991) reconoce que prácticamente ningún régimen político actual satisface de manera completa estos requisitos, sin duda hay varios que están más cerca que otros. Ello nos hace pensar que, como sostiene Guillermo O'Donnell (1997), deberíamos contar con una tipología de las democracias donde, admitiendo que hay muchas sociedades organizadas de manera que podemos decir que cumplen con los requisitos institucionales mínimos para ser consideradas como democráticas, las variaciones al interior de ellas justifican que las distingamos.

Al analizar las promesas incumplidas de la democracia, Bobbio (1986) señalaba, indirectamente, las diferencias entre las concepciones teóricas imaginarias iniciales y las formas concretas que se habían generado a partir de la aplicación de las ideas iniciales. La primera de ellas era que, siendo la democracia una postulación de

una concepción individualista de la acción social, serían suprimidas todas estructuras mediadoras entre los individuos y el gobierno, lo que hasta ahora no sólo ha sido imposible, sino que presenciamos la multiplicación de esos organismos. Algunos son necesarios, como los partidos políticos; otros, como ciertas ONG, sólo hacen manifiesto el déficit de representación que los partidos políticos presentan en la actualidad. Inversamente, es difícil que los representantes puedan asumir la multitud de intereses que tienen quienes depositan en ellos su esperanza y su encomienda; esto crea desencanto y desconfianza entre los votantes y los ciudadanos, pero no puede haber una solución adecuada, dado que todo gobernante debe atender a la totalidad y no a sus elementos individuales.

Otra de las promesas era la eliminación de grupos oligárquicos. La definición que nos proporciona José Nun (2000) sobre la democracia no sólo demuestra que esa promesa no se cumple, sino que las mismas estructuras de la democracia han hecho necesario y quizá inevitable el surgimiento de esos grupos. Para él, en América Latina usamos el término democracia para referirnos al gobierno de los políticos y no al gobierno del pueblo como teóricamente hemos sido entrenados.

Ya se trate de imposibilidad técnica o de propuestas que ingenuamente se pensaban a partir de una sociedad y unos seres humanos idealizados sin correspondencia con los seres reales, podemos decir que la democracia es una macroestructura en construcción, donde las posibilidades de ampliación y profundización de su funcionamiento dependen de las condiciones históricas concretas y de los comportamientos de quienes en su momento asumen las actitudes adecuadas.

Parece que el principal defecto de quienes han considerado la posibilidad de definir la democracia es abordarla como una cosa en sí, como una estructura de existencia autónoma y en sí misma independiente (es la versión de Fox: de un día para otro pasamos de la

no-democracia a la democracia); cuando hablando más propiamente, la democracia es un proceso en constante movimiento, con avances y retrocesos, con un estado final ideal y, tal como señala Bobbio, con cuentas pendientes difíciles de resolver.

Esas cuentas no pueden depender de la voluntad del gobernante, porque caeríamos en un círculo vicioso: el pueblo o la sociedad civil estarían en manos de los gobernantes para emprender las transformaciones necesarias. Sin embargo, casi todas las reformas constitucionales han sido iniciadas por gobernantes, lo cual muestra el condicionamiento que los ciudadanos tienen para proponer modificaciones que puedan mejorar su condición.

Parece evidente que el término democracia tiene una gran cantidad de acepciones y que debemos distinguir la democracia como ideal de organización social, como utopía, como proyecto social y la democracia como mecanismo de la llamada democracia representativa para seleccionar a quienes ejecutarán las políticas deseadas por la mayoría.

La Constitución estadounidense de 1787, la primera constitución democrática de la era moderna, consagraba la igualdad de los seres humanos como creados iguales y por lo tanto recipientes de los mismos derechos básicos inalienables. Esta idea de igualdad era una afirmación moral, tal como lo subraya Robert Dahl (2003) y no una afirmación sociológica o psicológica. Esa idea de igualdad, que visitantes como Tocqueville habían notado como uno de los rasgos sobresalientes de la nueva nación, no se extendía a las prácticas institucionales ni parece que hubiera estado ni siquiera en las intenciones de quienes redactaron esa constitución. La progresiva eliminación de las desigualdades iniciales se hizo a partir de la toma de conciencia de los grupos subordinados sobre la insuficiencia y las contradicciones de las explicaciones proporcionadas para justificar el estado de cosas. La ampliación de los derechos civiles, con todo, fue una empresa que duró muchos años: la más importante de las leyes que consagran la igualdad de todos los ciudadanos estadouni-

denses se aprobó en 1964, con una guerra civil y muchas otras muertes de por medio. No obstante, todavía hoy existen ciudadanos estadounidenses que se resisten a aceptar, tanto en la teoría como en la vida práctica, las consecuencias de esa condición de igualdad de derechos políticos, libertades y oportunidades.

La institución que permite asegurar esa condición es la vigencia del estado de derecho. La sujeción de todas las estructuras sociales, de todos los componentes de la sociedad civil y de todos los ciudadanos a las leyes públicamente establecidas es la única garantía de igualdad. Las condiciones de excepción o la suplantación de la ley por la voluntad de cualquier personaje, por más sagrada que sea su condición, significa siempre alguna condición de desigualdad. Estado de derecho no es fácil de definir (Nohlen, 2006), pero podríamos decir que se trata de aquel estado donde rige la ley como norma suprema de asignación de poder y desarrollo de actividades, donde desde el máximo gobernante hasta el último de los gobernados se sujeta al cuerpo jurídico para emprender o evaluar sus acciones.

La búsqueda de la igualdad real ha tenido otra consecuencia: la reaparición del sujeto como actor principal de la gestión política y de la organización social. El individuo, siempre una ficción, había adquirido importancia en el imaginario del liberalismo, pero nunca había conseguido un reconocimiento por el sistema social como el que paradójicamente consigue con la globalización. Cualquier ciudadano común se reivindica como sujeto portador de valores esenciales en y por sí mismo, pero también con su conciencia de ser alguien que puede escapar a la condición de habitante de un pueblo o ciudad, emplazado por su género, por su comunidad, por su status profesional, por su condición situada o acotada por cualquier colectivo. Nunca como ahora en la historia de la humanidad el individuo había tenido tantas posibilidades para elegir su destino; claro que esto no tiene vigencia quizá ni siquiera para la mayoría, pero en el pasado ni siquiera los reyes más poderosos tenían las opciones

que hoy pueden presentarse a muchos individuos en las democracias avanzadas. Como señalara Touraine (2005), la historia del sujeto se presenta como reivindicación de posibilidades particulares concretas que favorecen expresiones singulares cuyo origen está cada vez menos en una acción colectiva o en instituciones productoras de identidad u obligaciones. Hay tres componentes principales para la formación de la conciencia de sujeto: la relación del ser individual consigo mismo, como su propio fin, portador de derechos que significan una ruptura con principios universalistas; un conflicto con las fuerzas dominantes que suelen negarle el derecho de actuar como sujeto y, por último, una propuesta particular de sí mismo como individuo en tanto que sujeto. Esto no significa, precisamente, un retorno al individualismo en su fase egoísta, sino que la constitución del sujeto sólo puede establecerse a partir del reconocimiento por los otros de uno mismo como sujeto, enlazando los polos del individuo y la comunidad. Foucault empleó la idea de sujeto para señalar la condición de súbdito, pero Touraine enfatiza con el término sujeto la construcción por parte del individuo del sí mismo como sujeto. Este sujeto es quien permite el pasaje de una democracia formal a una democracia participativa y es una de las tareas no completadas de las sociedades modernas. Cuando el individuo, en lugar de devenir sujeto se aliena, busca recobrar la seguridad perdida en las antiguas formas, como la lucha contra los inmigrantes o extranjeros, la seguridad del pequeño ghetto, las fronteras de la nación.

La globalización económica también ha tenido efectos sobre la organización política. Stiglitz (2006) piensa que tenemos un déficit democrático en la gestión de la globalización; los acuerdos internacionales son firmados por representantes de países que reciben instrucciones de conseguir el máximo beneficio para su propio país y no para todos. No se trata de encontrar soluciones de beneficio equitativo para todos, sino de aquello que pueda otorgar ventajas a los grupos de su propio país, generalmente sectores específicos de

la economía, como las grandes empresas o los agricultores. Todas las condiciones de excepción, arrancadas por la presión de los grupos, implican una condición de desigualdad; sin embargo, tanto sus beneficiarios directos como quienes las aprueban suelen ver en ellas una condición natural y no la aceptación de un privilegio.

La modificación de los efectos indeseados de la globalización económica es una tarea de la política, dado que sólo en el ámbito de lo político es donde puede verse el panorama con mayor amplitud. Todas las decisiones de la política a escala local son tomadas con relación a los sectores que se verán afectados o beneficiados y teniendo en cuenta la reacción de los interesados. Esto no es lo que ocurre en la escala internacional: quienes toman decisiones lo hacen en función de los intereses de los países poderosos, que generalmente son los intereses de sus grandes corporaciones. Los propios ciudadanos de los países desfavorecidos no tienen clara conciencia de esto; son capaces de manifestar airadamente contra sus propios gobernantes locales ante medidas que creen los desfavorecen, pero no son capaces de ver la complicidad que suelen tener sus gobernantes al aceptar medidas inadecuadas para propiciar condiciones de igualdad y equilibrio. Como dijera Alain Touraine (2005), quienes han alabado más encomiásticamente los beneficios de la globalización han tratado, en forma simultánea, de hacer prevalecer la idea de que la economía mundial no admite ninguna regulación, so pena de acarrear males irreversibles. En la práctica, esto significa el debilitamiento del estado nacional, tal como había venido funcionando hasta ahora. Instituciones como el Banco Mundial, el FMI y la OMC tratan de imponer a los estados la adopción de medidas acordes con su visión, compartida con los intereses del gran capital y de los estados más poderosos, especialmente los Estados Unidos.

El problema es encontrar los fundamentos de la dominación en esta era global: cuál es el orden legítimo al que podemos aspirar, habida cuenta que las anteriores formas de dominación entre na-

ciones han sido hasta ahora, de alguna manera, despóticas. Según Ulrich Beck (2004), la primera modernidad, singularizada por el afianzamiento del estado nacional, debe dar lugar a una segunda modernidad, que se caracteriza por la aparición de crisis ecológicas globales, transformaciones económicas también globales, desigualdades transnacionales cada vez mayores, trabajos retribuidos precarios, individualización en la esfera privada y desafíos que la globalización cultural, política y militar imponen al viejo reflejo proteccionista. La lógica del poder, que se fincaba en los trabajadores y sus formas de resistencia, ha cambiado: ahora son los consumidores quienes son los depositarios del contrapoder. La única sociedad mundial que existe en la actualidad es la sociedad del consumo: no hay fronteras para el consumo; el poder los trabajadores, ligado a relaciones contractuales, pasa ahora a los consumidores, que no están condicionados por ataduras contractuales o territoriales. Un ejemplo de esto lo tenemos en la actual crisis del maíz, donde el aumento del consumo de etanol como combustible ha obligado a varios estados a replantear sus metas políticas; Bolivia, Brasil y Venezuela son los países latinoamericanos que más están experimentando sus consecuencias.

Una de las fracturas ideológicas básicas en los sistemas democráticos pasa por la ambigua distinción derecha/izquierda. Para Alain Touraine (1996), es fácil definir una política de derechas en la actualidad: adecuar la economía y el conjunto de instituciones a las necesidades del mercado global, reducir el déficit del estado y minimizar su acción, aumentar la flexibilidad laboral, disminuir los impuestos en las categorías donde se ubican los empresarios, reducir el número e importancia de las empresas estatales, etc. La respuesta de lo que podría denominarse izquierda a estas cuestiones no siempre ha sido clara, ni ideológica ni pragmáticamente. Una muestra de ello es que el partido político que en Francia agrupa hoy a la mayoría de la clase obrera es el Frente Nacional de Le Pen y no los partidos llamados socialistas o comunistas. Según las encuestas pre-

electorales, es posible que el Frente Nacional consiga entre un 13 y un 15 por ciento de los votos en la primera ronda, una presencia sin duda preocupante en algún sentido. Uno de cada seis franceses se aferra a los límites del viejo estado nacional soberano y rechaza cualquier posibilidad de un sistema cosmopolita de manejo de los asuntos estatales mundiales.

El extremismo ideológico (de derecha e izquierda) se presenta en muchos países europeos, no sólo en Francia: por el lado de la derecha, el actual gobierno polaco es una mezcla de extremismo ideológico xenófobo, ultranacionalista y antisemita, con elementos de integrismo religioso. El partido que los representa, la Liga de las Familias Polacas, ha obtenido un ocho por ciento de votos en las últimas elecciones y aun cuando la mayoría de sus votantes son mujeres de más de 50 años, semianalfabetas que viven en pequeñas comunidades rurales y se autodeclaran católicas, existen muchos grupúsculos con ideas compartidas que los alientan y apoyan.

20 diputados del Parlamento Europeo –el número mínimo requerido como necesario– acaban de constituir un grupo parlamentario autónomo. Si bien es cierto que apenas pueden tener importancia entre los 784 diputados que conforman el bloque total, es de apreciar que ello parecía imposible hace apenas algunos años (Carbajosa, 2007). El lema que los designa e identifica es “Identidad, soberanía y tradición”, una muestra de su absoluto retraso histórico e ideológico; debemos considerar, además, que tienen representación en un parlamento europeo postulando todas las tesis y consignas opuestas a la existencia de ese parlamento.

Por el lado de la izquierda, los grupos que postulan políticas y acciones extremistas han perdido fuerza, aunque se mantienen y consiguen arrancar algún porcentaje de votos en casi todos los países democráticos. Digno de atención especial es el grupo vasco ETA, con ideología de extrema derecha y tácticas de extrema izquierda, con apoyo o consentimiento de un sector importante de la población, verdadero aprieto para todos los gobiernos democráticos españoles.

Los electores de casi todos los países democráticos del mundo se ven enfrentados a una aparente igualdad de las opciones ideológicas. Sin embargo, si se analizan, por ejemplo, las propuestas programáticas de los dos principales contendientes –hasta ahora en las elecciones presidenciales francesas previstas para fines de abril de este año–, pueden notarse claras diferencias entre la candidata socialista y el representante de la derecha (Martí Font, 2007a). El problema es que las propuestas que cualquier candidato puede hacer se basan en promover el deseo de algo que por su propia naturaleza, no existe. Y la evaluación de lo que no existe, como ya lo dijera Aristóteles (2005) hace mucho tiempo, es imposible. Pero la ciudadanía aparece capturada por las propuestas y no puede vislumbrar que cualquier promesa de campaña tiene su costo: ¿de dónde se obtendrán, por ejemplo, los recursos eliminados por una baja de los impuestos? ¿De dónde saldrán los destinados a la construcción de viviendas de interés social?, y así con proposiciones de todos los candidatos (Martí Font, 2007b). Lo que deseamos subrayar con esto es que, dadas las condiciones de las campañas electorales, los candidatos formulan propuestas que no serán debatidas y reforzando los posteriores sentimientos de impotencia y estafa y burla de los electores.

Valores

El conflicto de valores parece evidente: desigualdad/igualdad, acumulación/distribución, elitismo/masificación. La desigualdad ha venido creciendo en todo el mundo. Durante la primera presidencia de Bush (el peor) la renta familiar de los Estados Unidos cayó unos 1,400 dólares en promedio y aumentó el porcentaje de la población sin seguro médico; la esperanza de vida de un varón negro residente en Washington o Nueva York es similar a la de un país pobre como Bangladesh (Stiglitz, 2005). Los gobiernos parecen estar controlados por elites insensibles a las necesidades y sufrimientos

de los pobres, que en el mejor de los casos asumen posturas hipócritas declaracionistas sin ningún efecto real. Es cierto que erradicar la pobreza es una ardua tarea que requiere de concertaciones y cooperación de gobiernos y pueblos, pero también es cierto que hay muchos mitos entre los dirigentes de los países altamente desarrollados (los que están en mejores condiciones de aportar). La suma que reciben los habitantes de África por persona y por año es de alrededor de 30 dólares, de los cuales cinco son para pagar a los supuestos asesores de esos países poderosos, los que van a aconsejar a los gobiernos sobre las mejores medidas a poner en práctica (Sachs, 2005). Lo peor es que con estos gastos de asesoría los representantes de los poderosos suelen decir que, entre otras cosas, los africanos no entienden lo que debe hacerse para superar la pobreza. Además, el problema de la pobreza abarca otras manifestaciones: la calidad los aparatos administrativos, la extensión de la democracia, la persistencia de ciertos valores tradicionales y demás, pero la política de varios gobiernos poderosos ha sido la de apoyar a tiranos o dictadores en función de sus propios intereses, la de usar prácticas corruptas derivadas de la deficiencia en la calidad administrativa para lograr mayores beneficios y demás.

Para la tradición liberal, el conflicto de valores es inherente a la propia existencia social, en la medida en que los seres humanos tenemos creencias y fantasías opuestas o contradictorias sobre lo que consideramos la buena vida (Gray, 2001). La discusión es si podríamos argumentar sobre un modo de vida de validez universal, aunque sea inalcanzable, o por lo contrario debemos aceptar que ningún tipo de vida puede ser el más aceptable para todos los seres humanos y, por lo tanto, que podemos vivir juntos y en paz sin pretender imponer valores o promover los valores propios como únicos e incommensurables. Esto no debe eliminar la posibilidad de llegar a ciertos acuerdos básicos sobre valores de validez universal para todas las tradiciones culturales. Pero ello implica un debate permanentemente rehuido por la mayoría de los dirigentes políticos y sociales.

En un estudio realizado recientemente en Italia (Caprara *et al.* 2006), comparando la relación entre rasgos de personalidad y valores como elementos explicativos del voto, encontraron que los valores tienen mayor potencia predictiva que los rasgos de personalidad. Los valores distintivos de quienes se situaban ideológicamente en el centro-izquierda eran ‘universalismo’, ‘benevolencia’ y ‘autodirección’, mientras que los situados en el centro-derecha eran ‘seguridad’, ‘poder’, ‘logro’, ‘conformidad’ y ‘tradición’.

Tanto el desarrollo económico como el desarrollo político implican cierta toma de posición con relación a valores. Un elemento esencial es el de la preservación de ciertos valores considerados como tradicionales o el mantenimiento de cierta herencia cultural frente a las innovaciones. Para Amartya Sen (1999) el conflicto real se da entre el valor básico de permitir a los individuos y grupos adoptar las decisiones más racionales posibles sobre sus futuros viables y, por otro lado, la insistencia entre mantener tradiciones arraigadas y obedecer a las autoridades religiosas o laicas que imponen las tradiciones (y que ven en el cambio una pérdida de su poder sobre individuos y comunidades).

Parece que toda sociedad se enfrenta, inevitablemente, a lo que Jon Elster (1989) ha denominado “la paradoja de la democracia”: mientras cada generación aspira a ser libre y elegir medios para condicionar a sus sucesoras, al mismo tiempo espera que sus predecesoras no limiten o restrinjan sus capacidades de decidir. Para él, ésta es la misma contradicción central del capitalismo (e igualmente no resuelta): cada capitalista aspira a pagar bajos salarios a sus trabajadores, mientras espera que los otros capitalistas los paguen altos para estimular la compra de los bienes que él ofrece. Este choque de valores permanece irresuelto e inconciente en la gestión de la sociedad actual, e incluso se manifiesta en el ámbito internacional, como lo apuntamos más arriba: mientras que los Estados Unidos exigen a los países del mundo (en especial los subdesarrollados) la adopción de medidas librecambistas, se imponen a sí mismos políticas proteccionistas.

Una contradicción que no siempre es asumida se da entre libertad económica y la protección a ciertos grupos internos de un país; en cada campaña electoral estadounidense reaparece el fantasma del proteccionismo (Bradford DeLong, 2004). Aparentemente es fácil hacer creer a las masas que la caída de la economía, la deslocalización y la desaparición de fuentes de trabajo se deben a no haber adoptado medidas proteccionistas, lo cual oculta el fracaso de los gobernantes para encontrar las políticas adecuadas.

Por otra parte, existe en ocasiones una baja conciencia de los efectos de las propias acciones: si a mucha gente se le pregunta por sus acciones contaminantes, no siempre pueden hacer patente su contribución al mantenimiento del problema. Tampoco hay gente que tiene conciencia, en ocasiones, de los efectos de su comportamiento en otros fenómenos sociales, como la aceleración del consumo masivo, la presencia de gobernantes corruptos y otros hechos. Ya habíamos señalado en la primera parte las condiciones de circulación de los mitos, por las cuales se produce el desplazamiento de sentido de los significantes de las representaciones sociales en las sociedades modernas.

Conectado con ésto, están las propuestas de los países poderosos a los problemas del desarrollo económico: así como muchos de los países que hoy ostentan la etiqueta de desarrollados lo consiguieron imponiendo políticas económicas proteccionistas que ahora proscriben para los subdesarrollados, también está la idea de controlar la contaminación ambiental cuando su tecnología sigue siendo altamente contaminante y pretenden imponer a los países subdesarrollados la tecnología de aquellos campos en los que han conseguido cierto éxito. El cinismo de Bush, que una reciente gira por Latinoamérica pidió cooperación en el control de la contaminación, al mismo tiempo que se opuesto a la adopción de medidas en su propio país para revertir los efectos de la contaminación, es una muestra de estas dificultades que deben enfrentar los países más débiles.

También debe tenerse en cuenta que en los países latinoameri-

canos las fórmulas de democracia y orientación capitalista de la economía son particulares y se aplican de manera diferencial. Aun cuando formalmente todos los países latinoamericanos (con una excepción) son democracias, persisten rasgos culturales antidemocráticos y autoritarios en muchas de las estructuras políticas. Marta Lagos (2007) ha publicado un resumen de las investigaciones que *Globalbarometer* ha realizado en 46 democracias emergentes en el mundo. En pregunta abierta sobre el significado de la democracia, la población de prácticamente todos los países asocia democracia con libertades civiles. Los porcentajes, sin embargo, están por debajo de la mediana, con algunos pocos países que la superan. Es interesante el caso de India, donde sólo el 14 por ciento de la población asocia democracia con libertades civiles y esa asociación ocupa el tercer lugar, desplazada por 'justicia/bienestar' con el 31 por ciento y 'gobierno de la mayoría' con el 23 por ciento. En México, la población que asocia libertades civiles a democracia es el 22 por ciento, aunque también es la opción mayoritaria. El apoyo a la democracia varía desde el 77 por ciento en Uruguay hasta el 41 por ciento de Guatemala y Paraguay. En México, el 54 por ciento apoya la democracia. La interpretación de los datos es difícil y la autora no aporta muchos elementos que favorezcan su comprensión. Entiende que las elecciones que tuvieron lugar en el año 2006 pueden haber apoyado la causa democrática, pero que ese elemento, además de la estabilidad política y el crecimiento económico no son suficientes para asegurar la vigencia de una democracia plena. Debería considerarse otros, como la movilidad social, la inclusión, la igualdad, el demantelamiento de la discriminación y la corrupción como experiencias que ayudarían a los pueblos latinoamericanos a sentir que viven en democracias desarrolladas. Los países europeos que transitaron desde regímenes autoritarios a la democracia insumieron en promedio una década para aceptar plenamente los beneficios de la democracia como sistema de gobierno, mientras que en Latinoamérica llevamos ya un periodo que comenzó hace

casi treinta años sin que podamos mostrar resultados similares. El porcentaje de población satisfecha con la democracia es aún menor, que va desde un 66 por ciento en Uruguay hasta un 12 por ciento en Paraguay, con México situado en un 41 por ciento. Debe notarse que el porcentaje de satisfacción con la democracia es menor que el de quienes la apoyan, mostrando el desencanto de la mayoría de los pueblos con el funcionamiento real de las instituciones.

Otro estudio asigna a la población satisfecha con la democracia en México el 50 por ciento (Gutiérrez y Moreno, 2007), que si bien es mejor, tampoco permite mucho optimismo. Por el contrario, sólo el cinco por ciento se pronuncia abiertamente a favor de un régimen autoritario o dictadura. La confianza en los políticos, que es baja en todo el mundo, alcanza en México los niveles más bajos. De los grupos e instituciones importantes del país, la gente que dice tener confianza en senadores y diputados es alrededor de un tercio y si tenemos en cuenta a los partidos políticos, baja a una cuarta parte.

En el caso de México, además, se presentan particularidades, algunas de las cuales deben destacarse por el impacto que tienen en la conformación de los problemas económicos y políticos que debemos enfrentar. En primer lugar, la realidad indígena; que constituye la décima parte de la población y que nunca han alcanzado un status de igualdad real con el resto de los ciudadanos. El analfabetismo funcional, por el cual la inmensa mayoría del país no lee material impreso ni es capaz de entender instrucciones impresas. El machismo abierto o encubierto, en virtud del cual la mitad de la población goza de privilegios y la otra mitad es considerada, en los hechos, de naturaleza inferior. La pésima administración de las políticas escolares, que muestra a nuestros alumnos de escuela primaria en el nivel más bajo de aprovechamiento escolar entre los países de la OCDE. Una economía incapaz de compartir la creación de riquezas, que además no ha crecido en los últimos años al mismo

ritmo de la economía mundial o latinoamericana, lo cual demuestra una incapacidad de los empresarios para generar las riquezas al ritmo necesario y del gobierno para poner en práctica políticas eficaces de redistribución de ingresos. La nula promoción de la investigación científica en función de las reales necesidades del país, lo que hace que tengamos una industria cuyos procesos productivos, en su inmensa mayoría, siempre están a la zaga de los países de punta. El mantenimiento de los grupos privilegiados, clientela de políticos para sus manejos e intereses, planteando permanentes excepciones a las leyes, en especial las que regulan la carga impositiva. Una estructura sindical vertical de poco valor para resolver los verdaderos problemas de los obreros y empleados, que a su vez han creado grupúsculos de privilegiados que gozan de beneficios inaceptables en función de la idea de igualdad. Una producción agrícola dividida entre un pequeño sector eficiente y una gran masa de campesinos empobrecidos que no puede encontrar una salida a su hambre cotidiana. Unos partidos políticos que han convertido a los ciudadanos en su presa, que consiguen para sí regalías y prerrogativas negadas a la ciudadanía. Una corrupción generalizada que cubre prácticamente todos los sectores de la vida nacional, en sus organismos públicos y privados. Grupos de narcotraficantes con un creciente poderío, adueñándose de vastos sectores de la vida. Un sistema de comunicación de masas en el que los receptores de los medios no tienen ningún control sobre sus informaciones y los contenidos de sus programas. Éstos son los principales problemas para los que la sociedad mexicana debería buscar soluciones de manera prioritaria.

La operación de los medios adquiere en México características especiales: hay una gran concentración publicitaria, ya que unos pocos grupos monopolizan la inversión en el ramo, haciendo a los medios dependientes de una o dos fuentes de ingresos. Unido a esto, la concentración mediática, por la cual sólo dos televisoras privadas controlan la televisión abierta y han violado la ley en va-

rias ocasiones apoyándose en la defensa de sus intereses corporativos. Esto marca una relación desigual con la sociedad, convirtiéndose en proveedores de servicios para los cuales no existe la posibilidad de recursos de queja (Trejo Delabre, 2007). La idea de ciudadanos con libre acceso a la información queda desdibujada; lo peor es que la legislación, que es obsoleta, no ha recibido un tratamiento adecuado por parte del Congreso, sino que las propuestas en debate acentúan esos males.

La población, sin embargo, confía en los medios: 61 por ciento de los mexicanos dice tener mucha confianza en los medios, porcentaje mayor que en el presidente del país, en la Suprema Corte de Justicia y en las grandes empresas (Gutiérrez y Moreno, 2007).

Existe una creciente violencia ciudadana, presente hasta en los lugares de esparcimiento y agravada por el nulo funcionamiento del estado de derecho; la vida cotidiana se ha convertido en una experiencia dolorosa en muchos aspectos y por diversas manifestaciones; gente que molesta a sus vecinos o conciudadanos de miles de maneras, sin conciencia de ello o reclamando para sí derechos que niega a esos otros a los que agrede de una u otra forma; los que cierran calles para solicitar o simplemente exigir algún privilegio, los que se apropian de la banqueta u otros lugares de circulación, los que en los cines hacen todo tipo de manifestaciones ruidosas (incluidos los teléfonos celulares) y se ponen extremadamente violentos cuando alguien les reclama el silencio y así con decenas de conductas de rasgos bárbaros (González de Alba, 2007).

Por otro lado, la violencia y las formas de operar de los criminales han minado la confianza y seguridad de la gente; si en otros países la amenaza es el terrorismo, en México ello hace, por alcance, que los ciudadanos tampoco sientan respaldo en las instituciones. La gente siente poca protección y al mismo tiempo percibe la gran inoperancia e incapacidad de los políticos y gobernantes para proporcionarles un ambiente adecuado para una vida psíquicamente sana.

¿Puede haber alguna resolución a todo lo señalado? Más democracia no es sólo una frase, sino la expresión de una necesidad imperiosa: se requiere ampliar las prácticas democráticas a todas las esferas de la vida social y a todos los niveles, demandando el respeto al otro y la igualdad en el trato, cualquiera sea su condición. Más democracia implica un mayor compromiso de todos los ciudadanos con los valores básicos de sus instituciones, un compromiso con prácticas cotidianas de respeto solidario, cualquiera sea la posición ideológica que el otro sustente; implica también un reconocimiento al otro a ser escuchado, a expresar sus demandas y a esperar una respuesta coherente.

La democracia y la libertad están amenazadas en muchas partes del mundo: EEUU, Reino Unido, Polonia, Venezuela y otros países han llevado a cabo medidas de coerción limitantes de derechos humanos elementales, contando con el consentimiento de una población que cree que de esa manera obtendrá mayor seguridad o mejores posibilidades de florecimiento para una vida plena y feliz.

El islamismo (al menos en su versión mayoritaria) es poco democrático en general y no ofrece un sistema económico alternativo (Garton Ash, 2007); los valores democráticos parecen ser poco apreciados por quienes profesan su ideología, dando preferencia a otros aspectos de la vida, como la aceptación indiscutida de las consignas comunitarias o la sumisión a los modelos autoritarios de organización supeditados a la interpretación rígida de principios religiosos. En algunas regiones, la lucha por el dominio entre los dos sectores más importantes (chiítas y sunitas) muestra matanzas despiadadas que exhiben un nulo respeto por el otro. Pero también en muchas otras partes del mundo es la imposición por la fuerza y no el diálogo lo que se valora como método para la resolución de conflictos.

Los valores deben ser asumidos en su vida concreta por los ciudadanos ya que, de lo contrario, quedan en un discurso vacío sin valor práctico, asumido por conveniencia pero no practicado. Cuando

el discurso se impone sin consideración de las posibilidades o necesidades del otro, su realización es nula. Los valores no pueden enseñarse, al menos en el modo en que tradicionalmente se concibe la enseñanza como transmisión de ideas de un sujeto a otro; se requieren otros modos y medios para conseguir los cambios necesarios.

Cuando se habla de participación política no es posible limitarse al concepto estrecho que la concibe como ejercer el derecho de votar o hablar de política, sino de asumir un compromiso efectivo con la búsqueda de soluciones a los problemas colectivos que enfrentamos como comunidad o, más ampliamente, humanidad. La reforma del estado o un nuevo estado, cualquiera sea la forma que adopte, deberá incorporar mecanismos que faciliten estos cambios; de lo contrario, se puede caer en las deformaciones que se hicieron manifiestas en el modelo soviético o actualmente en el cubano, donde valores contrarios a la ideología del régimen perviven sin que la propaganda o las coacciones hayan podido erradicarlos, pero donde la ideología oficial única no parece tener alternativas.

Bibliografía

Aristóteles (2005). *Retórica*. Madrid: Alianza.

Asimov, E. (2007). Ese tinto viejo podría ser un fraude nuevo. *The New York Times (El Norte)*, año LXIX, n° 24945, marzo 24 de 2007).

Axelrod, R. (1986). *La evolución de la cooperación*. Madrid: Alianza.

Axelrod, R. (2003). *La complejidad de la cooperación*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Ball, J., Bergman, D. y J. Lublin (2007). Dow Chemical despide a altos ejecutivos acusados de querer adquirir la compañía. *The Wall Street Journal Americas (El Norte)*, año LXIX, n° 24965, abril 13 de 2007).

Beck, U. (2004). *Poder y contrapoder en la era global*. Barcelona: Paidós.

- Benhabib, S. (2005). *Las reivindicaciones de la cultura*. Buenos Aires: Katz.
- Bobbio, N. (1986). *El futuro de la democracia*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Bolaños, A. (2007). Edmund Helps, Premio Nobel de Economía 2006: “El modelo económico europeo es terrible”. *El País*, año XXXII, n° 10831, febrero 4 de 2007.
- Bradford DeLong, J. (2004). El proteccionismo cabalga de nuevo. *El País*, año XXIX, n° 9783, marzo 14 de 2004.
- Bradford DeLong, J. (2005). El nuevo orden de los economistas (I y II). *El País*, año XXX, n° 10220 y 10227, mayo 29 y junio 5 de 2005.
- Bradford DeLong, J. (2007). Desigualdad en marcha. *El País*, año XXXII, n° 10852, febrero 25 de 2007.
- Caprara, G., Schwartz, S., Capanna, C., Vechionne, M. y C. Barbanelli (2006). Personality and politics: Values, traits, and political choice. *Political Psychology*, 27, 1-28.
- Carbajosa, A. (2007). Los ‘ultras’ ascienden en Europa. *El País*, año XXXII, n° 10806, enero 10 de 2007.
- Comas, J. (2007). El ‘caso Volkswagen’ llega al Parlamento. *El País*, año XXXII, n° 10802, enero 6 de 2007.
- Dahl, R. (1991). *Los dilemas del pluralismo democrático*. México, D.F.: Conaculta/Alianza.
- Dahl, R. (1992). *La democracia y sus críticos*. Barcelona: Paidós.
- Dahl, R. (1999). *La democracia. Una guía para los ciudadanos*. Madrid: Taurus.
- Dahl, R. (2003). *¿Es democrática la Constitución de los Estados Unidos?* México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Diamond, L., Hartlyn, J. y J. Linz (1999). Introduction: Politics, society, and democracy in Latin America. En Diamond, L. et al. (eds). *Democracy in developing countries. Latin America* (pp. 1-70). Boulder, CO: Lynne Rienner Pubs.

Elster, J. (1989). *Ulises y las sirenas. Estudios sobre racionalidad e irracionalidad*. México, D.F. Fondo de Cultura Económica.

Estefanía, J. (2003). Cuando el capitalismo pierde la cabeza. *El País*, año XXVIII, n° 9687, diciembre 7 de 2003.

Freud, S. (1976). Conferencias de introducción al psicoanálisis. 26° conferencia: La teoría de la libido y el narcisismo. En Freud, S. *Obras completas, XVI* (pp. 375-391). Buenos Aires: Amorrortu.

Fromm, E. (1984). *El miedo a la libertad*. México, D.F. Paidós.

Galbraith, J. (1982). *Anales de un liberal impenitente. Volumen 1. Economía, política y asuntos económicos*. Barcelona: Gedisa

García, A. (2007). Advierten 'estallido' por apertura agrícola. *El Norte*, año LXIX, n° 24935, marzo 14 de 2007.

Garton Ash, T. (2007). El capitalismo global no tiene rivales. *El País*, año XXXII, n° 10852, febrero 25 de 2007.

Goffman, E. (1971). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.

González de Alba, L. (2007). Terror a los mexicanos. *Milenio. Diario de Monterrey*, año 33, n° 151, abril 23 de 2007.

Gray, J. (2001). *Las dos caras del liberalismo*. Barcelona: Paidós.

Gutiérrez, R. y A. Moreno (2007). Ejército al alza. *El Norte*, año LXIX, n° 24950, marzo 29 de 2007.

Kohlberg, L., Power, F. y A. Higgins (1998). *La educación moral según Lawrence Kohlberg*. Barcelona: Gedisa.

Lagos, M. (2007). What are emergent democratic societies doing for democracy? *International Journal of Public Opinion Research*, vol. 19, n° 1, 122-126.

Lipset, S. (1995). Reconsideración de los requisitos sociales de la democracia. *Este País*, n° 50, mayo de 1995, 2-18.

Martí Font, J.M. (2007a). Royal promete un fuerte cambio social. *El País*, año XXXII, n° 10839, febrero 12 de 2007.

Martí Font, J.M. (2007b). ¿Quién paga tantas promesas?. *El País*, año XXXII, n° 10840, febrero 13 de 2007.

Michel, V. (2007). Plantea EU promover democracia mexicana. *El Norte*, año LXIX, n° 24926, marzo 5 de 2007.

Missé, A. (2007). Bruselas endurecerá la lucha contra los acuerdos ilegales entre empresas. *El País*, año XXXII, n° 10851, febrero 24 de 2007.

Naím, M. (2006). La arrogancia de los economistas. *El País*, año XXXI, n° 10486, febrero 21 de 2006.

Nohlen, D. (2006). *Diccionario de ciencia política*. México, D. F. Porrúa.

Nun, J. (2000). *Democracia ¿gobierno del pueblo o gobierno de los políticos?* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.

O'Donnell, G. (1997). *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*. Barcelona: Paidós.

Ramos, M. (2006). Era plagiarlo estudiante de '10'. *El Norte*, año LXIX, n° 24860, diciembre 29 de 2006.

Rivera, L. (2006). Revela víctima que creía 'genio' a su secuestrador. *El Norte*, año LXIX, n° 24859, diciembre 28 de 2006.

Sachs, J. (2005). *El fin de la pobreza. Cómo conseguirlo en nuestro tiempo*. Barcelona: Debate.

Sachs, J. (2006). Lecciones del norte. *El País*, año XXXI, n° 10548, abril 25 de 2006.

Sachs, J. (2007). Estados de bienestar, más allá de la ideología. *Investigación y ciencia*, n° 364, enero de 2007, 36.

Samuelson, P. (2005). La economía es fácil. *El País*, año XXX, n° 10353, octubre 9 de 2005.

- Sen, A. (1999). *Desarrollo y libertad*. Barcelona: Planeta.
- Sennet, R. (2006). *La cultura del nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- Smith, A. (1776). *An Inquiry into the Nature and causes of the Wealth of Nations*. [ebook # 3300].
- Stiglitz, J. (2002). *El malestar en la globalización*. Madrid: Taurus.
- Stiglitz, J. (2003). Los populistas a veces tienen razón. *El País*, año XXVIII, n° 9541, julio 14 de 2003.
- Stiglitz, J. (2005). El ciudadano medio de los Estados Unidos se ha empobrecido. *El País*, año XXX, n° 10346, 2 octubre de 2005.
- Stiglitz, J. (2006). *Cómo hacer que funcione la globalización*. Madrid: Taurus.
- Touraine, A. (1996). Lo que debe ser una política de izquierdas. *El País*, año XXI, n° 6998, 6 jul 1996.
- Touraine, A. (2005). *Un nuevo paradigma. Para comprender el mundo de hoy*. Barcelona: Paidós.
- Trejo Delabre, R. (2007). Libertad de expresión: nuevos obstáculos. *Nexas*, año 29, vol. XXIX, n° 351, marzo de 2007, 16-18.
- UNDP (2004). *Human Development Report 2004*. Nueva York: United Nations Development Programme.
- Vidal-Beneyto, J. (2007). El capitalismo contra el planeta/5. *El País*, año XXXII, n° 10858, marzo 3 de 2007.
- Weber, M. (1979). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México, D.F.: Premiá.
- Welzel, C., Inglehart, R. y H-D. Klingeman (2003). The theory of human development: A cross-cultural analysis. *European Journal of Political Research*. 42: 341-379.